

agradable la costumbre misma. El ruido que percibía en su contorno, y aun las aclamaciones que hacía de vez en cuando la multitud que proseguía su diversión, no interrumpieron su descanso por mucho tiempo, y casi á los diez minutos se quedó tan profundamente dormido, como si estuviera en su propia cama en Curfew-Street.

**CAPITULO XXIX.**

Siempre hablando de mi hija.  
SHAKSPEARE. *Hamlet.*

Despertó Simon dos horas antes que cantara el gallo de los zarzales, al oír una voz para él muy conocida que le llamaba por su nombre.

— ¡Qué, Conachar! exclamó al despertar sobresaltado. — ¿Tan tarde es ya?

Al abrir los ojos, vió ante sí al individuo en

quien pensaba, y habiéndose retrazado al mismo instante en su memoria los acontecimientos de la vispera, percibió con sorpresa conservaba la vision la forma que le habia él dado en el sueño. No era el gefe montañés, armado de punta en blanco con la claymora en la mano, como le habia visto la vispera, el mismo que se le presentaba, sino Conachar de Curfew-Street con su vestido humilde de aprendiz, y una varita de encina en la mano. No hubiera sorprendido tanto á nuestro ciudadano de Perth una verdadera aparicion. En tanto que le miraba sorprendido, volvió el joven hácia él la luz de un cabo encendido de madera de los pantanos\*, que traia en una linterna, y respondió

\* Hay en los sitios pantanosos de la Escocia é Irlanda y á diferentes profundidades, una inmensa cantidad de árboles tendidos transversalmente, y que parecen haberse separado de sus raíces por accion del fuego, aunque no se ven trazas sino hácia la parte de la separacion; fenómeno todavia no explicado de un modo satisfactorio. Está perfectamente conservada la madera de estos árboles. Se sirven de ella para construir edificios, y como está impregnada de una gran porcion de suco bituminoso, se hacen hachas que alumbran perfectamente.

(N. D. T.)

á la exclamacion que hizo al despertar el guantero.

— Sí; padre Simon; Conachar es quien viene á renovar el conocimiento que tenia con vos, en el tiempo en que menos se advierta.

Al decir esto, se sentó en una tijera que servia de silla, y poniendo á su lado la linterna, continuó su conversacion del modo mas amistoso.

— Yo he probado mas de una vez de vuestra buena comida, padre Simon; pienso que tampoco os ha faltado en mi familia.

— No ciertamente, Eachin Mac-Ian, respondió el guantero,—porque la sencillez de la lengua y costumbres célticas no admite títulos honoríficos;—estaba demasiado buena para este tiempo de cuaresma, y por demás buena para mí, porque yo debo avergonzarme pensando habeis tenido una comida muy inferior en Curfew-Street.

— Me serviré de vuestra propia expresion, padre Simon: era demasiado buena para lo que merecia un aprendiz holgazan, y para las necesidades de un joven montañés. Pero si os

parece bien la comida que se os ha servido ayer, ¿os ha parecido tambien lo mismo el recibimiento que habeis tenido? No lo negueis, yo sé que no habeis estado muy satisfecho. Pero mi autoridad sobre mi clan es aun muy nueva, y yo no debia fijar demasiado su atencion acerca del tiempo en que vivi en las tierras bajas, aunque, con todo, jamás le olvidaré.

— Comprendo perfectamente la causa de ello, y si vengo á visitaros tan pronto; es bien á pesar mio y en algun modo porque me veo precisado á ello.

— ¡Vaya! padre Glover ¡vaya! Yo me alegro mucho de vuestra venida pues habeis visto una parte de mi esplendor montañés, todavía brillante.— Volved por aquí despues de Ramos, y ¿quién sabe lo que podreis hallar, y lo que vereis en el terreno que hoy tenemos? El gato montés puede abrir su madriguera donde ahora se levanta la sala del banquete de Mac-Ian.

Calló el joven gefe, y se aplicó á los labios la extremidad de la varilla, como para imponerse silencio.

—No hay nada que temer con respecto á esto, Eachin; dijo Simon con aquel modo vago que toma muchas veces quien consueta con fiebiza, intentando separar de la imaginacion de un amigo reflexiones motivadas por un peligro inevitable.

— Todo debe temerse, respondió Eachin; hay peligro de una ruina total, y certeza positiva de una gran pérdida. Estoy pasmado de que mi padre haya consentido en esta propuesta tan astuciosa de Albany. Hubiera yo querido que Mac-Gillie Chattanach se hubiese entendido conmigo, y entonces, en lugar de deramar cada uno de nosotros lo mejor de nuestra sangre uno contra otro, bajaríamos juntos al Strathmore, matariamos cuanto se nos resistiera, y tomaríamos posesion del país. Yo seria señor de Perth, y él de Dundee, quedando por nuestro todo el gran valle hasta las orillas del Frith y del Tay. Esta es la política que yo he aprendido de vuestra cabeza anciana y llena de canas, padre Simon, cuando yo tenia un plato, y estaba detrás de vuestra silla, oyéndoos hablar con el bailio Craigdallie.

— Bien dicen que la lengua es un miembro desenfrenado, dijo para sí el guantero. Es claro que yo he tenido un candil al diablo para enseñarle el camino. Pero se contentó con decir en alta voz: — Esos planes llegan ya demasiado tarde.

— Demasiado sin duda, respondió Eachin, los convenios del combate ya tienen nuestros signos y sellos, los insultos y las fanfarronadas mutuas han hecho levantar una llama inextinguible del odio que se tienen los clanes de Quhele y de Chattan. Sí, se pasó el tiempo. Pero hablemos de vuestros negocios, padre Glover. La religion es lo que os ha traído aquí según lo que Niel Booshalloch me ha dicho. Ciertamente yo había conocido bastante bien vuestra prudencia, para no poderos suponer en cuestion con la Iglesia. Por lo que hace á mi antiguo conocido, el padre Clemente, es uno de aquellos hombres, que corren tras la corona del martirio; él piensa que un pie derecho rodeado de haces de leña ardiendo es mas digno de abrazarse que una esposa joven. Es un verdadero caballero andante, armado

con todas sus armas para la defensa de sus opiniones religiosas, y por do quiera que va, siempre halla algo que combatir. Ya tuvo una reyerta con los monges de la isla de Sibila, y yo no sé sobre qué punto de doctrina. ¿Le habeis visto?

— Ya le he visto, pero le hablé muy poco por falta de tiempo.

— Puede haberos dicho que hay una tercera persona, una persona de quien yo creo verosimilmente podría huir por la religion con mejor título que vos, ciudadano circunspecto, ó que el predicador fervoroso, la cual sería recibida muy bien si viniera reclamando nuestra proteccion.—Tu entendimiento está muy en tinieblas, ó no quieres comprenderme, anciano... ¡tu hija, Catalina!

El joven gefe dijo estas últimas palabras en inglés, y continuó la conversacion en la misma lengua, como si temiera le entendiesen, y aun como si él hubiera vacilado involuntariamente en explicarse según lo hacía.

— Mi hija Catalina, dijo el guantero acordándose de lo que le había dicho el padre Cle-

mente, lo pasa bien y está en parage seguro.

— ¿Pero dónde está?.... ¿con quién está?....

— ¿por qué no ha venido en vuestra compañía?.... ¿Pensais que no hay en el clan de Quhele, para cuidar de la hija del antiguo amo de su gefe, algunas *caillachs*\* tan activas como la vieja Dorotea, cuya mano ha calentado mas de una vez mis megillas?

— Os doy otra vez las gracias y no dudo ni de vuestro poder, ni de vuestra buena voluntad para protegernos á mi hija y á mí. Pero una respetable dama, amiga de sir Patricio Charteris le ha ofrecido un asilo seguro, sin que haya tenido precision de exponerse á los riesgos de un viage molesto al través de un pais desolado, y dividido por disensiones.

— ¡Oh! sí; sir Patricio Charteris, dijo Eachin con reserva y frialdad, sin disputa debe preferirsele á cualquier otro. ¿Es vuestro amigo, á lo que creo?

Simon Glover estaba rabiando por castigar la afectacion de un joven, á quien habia rega-

\* Mujeres.

ñado cuatro veces en un solo dia porque se ponía en la calle para ver pasar á sir Patricio Charteris con su comitiva; pero se contuvo en decir lo que ya se le escapaba, y respondió buenamente.

— Sir Patricio Charteris ha sido siete años preboste de Perth y aun lo es, pues han elegido magistrados no en cuaresma, sino por San-Martin.

— ¡Ah! padre Glover, dijo Eachin en un tono de amistad y mas familiar, estais tan acostumbrado á ver en Perth espectáculos tan suntuosos, que la vista de nuestra fiesta bárbara ha debido pareceros de muy poca importancia en comparacion suya. ¿Qué os parece nuestra ceremonia de ayer?

— Era noble y tierna, sobre todo para mí que conocí á vuestro padre. Cuando estabais apoyado en la claymora y mirabais al rededor, me parecia ver á mi antiguo amigo Gilchrist Mac-Ian, que salía glorioso de la tumba y que habia recobrado su vigor y juventud.

— Desempeñé mi papel con firmeza. Pienso no haber dado lugar á que reconozcan en mí

aquel miserable aprendiz, á quien teniais costumbre de..... de tratar como él merecia.

—Eachin no se parece á Conachar, respondió Glover, como no se parece un salmon á un par\*, aunque dicen ser el mismo pez de distinta edad; ó como una mariposa no se parece á una oruga.

—¿Pensais que al revestirme yo de la autoridad de que tanto gustan todas las mugeres, hubiera yo sido el objeto sobre que la vista de una hermosa joven se hubiera fijado con gusto? Para explicarme con toda claridad, ¿qué hubiera pensado de mí Catalina, presente á esta ceremonia?

—He aquí como nos aproximamos á los escollos, dijo para sí Simon Glover, y si no soy buen piloto, estrellarse ha mi navío contra la costa. — Casi todas las mugeres gustan de lo que sorprende sus ojos, Eachin, dijo en alta voz, pero creo que mi hija Catalina es una excepcion. Ella se hubiera alegrado de la buena fortuna de su antiguo amigo, del compañero de su juventud; pero el magnífico Mac-Ian,

\* Pececillo que se dice ser la hueva del salmon. (N. D. T.)

gefe del clan de Quhele no sería para ella mas que el huérfano Conachar.

— Ella fué siempre generosa y desinteresada. Pero vos mismo, padre Simon, vos que habeis visto el mundo mucho mas tiempo que vuestra hija, podeis juzgar mejor de cuanto valor es el poder y la riqueza para los que gozan de tales ventajas. Reflexionad sobre esto, y decidme con sinceridad lo que pensariais, si vierais á Catalina debajo del dosel que ayer tarde me cubria, soberana de cien montañas, con derecho de obediencia y respeto sobre diez mil vasallos, y por premio de todas estas ventajas dar la mano al hombre que mas que nadie la ama en el mundo.

—¿Quereis decir la vuestra, Conachar?

— Sí, llamadme Conachar, me gusta mucho ese nombre pues por él fui conocido de Catalina.

— Y bien, dijo el guantero, estudiando como revestir su respuesta para que no le fuera tan desagradable, diréos pues, con sinceridad, que en tal caso desearia yo con toda el alma estudiáramos seguros Catalina y yo en mi humilde

tienda de Curfew-Street, sin mas vasallos que la vieja Dorotea.

— ¿Y con el pobre Conachar creo que tambien? No querriais verle desfallecer en una grandeza solitaria.

— Yo no quisiera ser tan mal agradecido hácia mis amigos antiguos del clan de Quhele que les privara, en el momento crítico, de su joven gefe, lleno de valentía, ni arrebatar á este gefe la gloria de que, colocado á su cabeza, debe cubrirse por el combate que ha de haber muy pronto.

Eachin se mordió los labios por disimular su enojo. — Eso no es mas que hablar y hablar por hablar sin decir nada, padre Simon, dijo él. Vos temeis mucho mas de lo que amais al clan de Quhele, y suponeis se trasportaria de terrible indignacion si se casara su gefe con la hija de un ciudadano de Perth.

— Y si yo temiera semejante resultado, Hector Mac-Ian, ¿no tendria razon para ello? ¿Cómo se han acabado los matrimonios mal proporcionados en la casa de Mac-Callanmore, en la de los poderosos Mac-Leans, y aun en

la de los lores de las Islas? Por el divorcio, por desheredar, alguna vez tambien por un destino todavia mas funesto para la ambiciosa que aspiró á él. Vos no podriais casaros con mi hija ante un sacerdote, vos no podriais casaros con ella sino detras de la iglesia y yo... Él reprimió la viveza con que iba dejándose llevar, y anadió: — Y yo soy un honrado aunque humilde ciudadano de Perth, que preferiria ver á mi hija muger legitima y reconocida de un ciudadano de mi propio rango, antes que la manceba de uno con título de monarca.

— ¡Yo me casaré con Catalina ante un sacerdote, y á presencia del mundo entero, delante del altar y delante de las piedras negras de Iona! exclamó el impetuoso joven. Ella es mi amor primero, y no hay un lazo religioso ni honrado que yo no esté pronto á estrechar para casarme con ella. Yo presumo lo que son mis vasallos. Si alcanzamos la victoria en este combate,—que mi corazon me dice ganaremos si tengo la esperanza de lograr á Catalina,— me ganaré de tal modo el afecto de todos, que, si se me antojara casarme con

una de la inclusa, la mirarian con el mismo respeto que si fuera la hija de Mac-Callanmore. ¡Pero vos despreciais mi propuesta! añadió con aspereza.

— Poneis en mi boca palabras ofensivas que yo no he dicho, replicó el anciano, y podeis hacerme castigar como si las hubiera profesado, pues que me teneis enteramente bajo vuestro poder. Pero jamás mi hija, consintiendo yo, se casará con hombre que no sea su igual. Se lastimaria su corazon en medio de las guerras y escenas sangrientas á que constantemente os expone vuestra situacion. Si realmente la amais, debeis acordaros del terror que le infunden las riñas y los combates; no quisierais viviera entre los horrores de una guerra que debe ser vuestra eterna é inevitable ocupacion, como lo fué la de vuestro padre. Escoged una esposa entre las hijas de los gefes de vuestras montañas, hijo mio, ó entre las de los altivos nobles de las tierras bajas. Vos sois joven, bien formado, rico, noble, poderoso, y no galanteareis en vano. Fácilmente hallareis una esposa, que se alegrará de vues-

tras victorias, y que os consolará en vuestras derrotas. Las unas y las otras serian horribles para Catalina. Un guerrero tiene que llevar una manopla de acero, un guante de piel de cabra se le haria pedazos en una hora.

Una nube oscura cubrió la frente del joven gefe, muy poco antes animada con fuego tan vivo.

— A Dios pues, dijo él, la sola esperanza que hubiera podido conducirme á la fama ó la victoria.—Quedóse por algunos instantes en silencio, abismado en reflexiones profundas, los ojos bajos, fruncido el entrecejo y cruzado de brazos. Levantó por fin la vista, fijóla en Glover y le dijo: — Padre mio, porque para mí habeis sido un padre, tengo cierto secreto que decir- os. La razon y la soberbia me aconsejan callar, pero el destino me ordena el hablar, esme preciso prestarle obediencia. Voy á confiaros el secreto más apreciado que jamás un hombre pudo confiar á otro, pero tened cuidado, acabe como quiera esta conferencia, tened cuidado de que jamás se os escape ni una sílaba de lo que voy á comunicaros; porque os hago saber, que si hablais de ello en el mas distante rin-



con de Escocia, tengo yo oídos para oírlo, aun á esa distancia, y una mano y un puñal para pasar el corazón del traidor. Yo soy... la palabra se resiste á salir de la boca.

— Pues no la pronuncieis, dijo el prudente guantero, el secreto pierde ya toda la seguridad, tan luego como pasa los labios del que le guarda, y yo no quiero ciertamente admitir una confianza tan peligrosa como esa con que me amenazais.

— Es preciso que yo la pronuncie, y que vos la oigais. En este siglo guerrero, sin duda, padre mio, ¿vos mismo habreis combatido?

— Una vez nada mas, y esto fué cuando los Ingleses acometieron la bella ciudad. Se me intimó tomar las armas para defenderla, segun que á ello estaba precisado, pues que todas las corporaciones de oficios están obligadas á velar en favor de la seguridad de la ciudad y á protegerla.

— Y ¿qué experimentasteis en tal ocasion?

— ¿Qué tiene que ver esta pregunta con lo que tratamos? preguntó Simon con alguna sorpresa.

— Tiene una relacion muy directa, sin lo que no la hubiera hecho yo, respondió Eacin con el tono altanero que algunas veces tomaba.

— Es facil decidir á un viejo para que hable de los tiempos antiguos; dijo Simon, á quien despues de reflexionar un poco no le disgustó recayera la conversacion en otra materia, y que acabara de serlo su hija. Confesaré, por tanto, que el sentimiento mio no tenia nada de aquel ardor y confianza, de aquel placer con que yo habia visto á otros animados, cuando iban al combate. Yo habia escogido una profesion pacífica, y tenido una vida tranquila; y aunque no me haya faltado el valor cuando la ocasion lo pedia, raras veces he dormido peor que la noche precedente á este negocio. Se atormentaba mi espíritu por todo lo que habia oido decir de los arqueros sajones, y que no era sino la verdad pura, que tiraban flechas de una vara de largas, y que usaban arcos un tercio mas largos que los nuestros. Luego que me dormia, si me picaba una pajita del colchon, despertaba todo asustado, figurándoseme ser una flecha inglesa

que me pasaba el cuerpo. A la mañana, tiempo en que, por el exceso de la fatiga comenzaba con algun reposo á dormir, me despertó la campana de la ciudad, llamando á los paisanos á las murallas. Ni antes ni despues, ningun sonido sino este me ha parecido jamás tan semejante al de campana que toca á muerto.

— Proseguid, ¿qué sucedió despues?

— Me puse mi armadura, una armadura tal cual; me dió la bendicion mi madre, que era una muger de valor grande, y quien me habló de las hazañas de mi padre en honor de la bella ciudad. Sus discursos me animaron y yo me sentí aun mas atrevido cuando me hallé entre los otros artesanos, todos armados de arcos; porque ya sabeis que los ciudadanos de Perth tienen habilidad en el manejo de esta arma. Se nos distribuyó por diferentes puestos en las murallas. Estaban entre nosotros caballeros y escuderos con sus armaduras á prueba, y tenían buena presencia de ánimo, contando tal vez con la bondad de sus corazas. Para infundirnos valor nos hicieron saber que harian pedazos con sus hachas y espadas al que solo in-

tentara dejar su puesto. El viejo Kempe de Kinfauns, entonces nuestro preboste, padre de sir Patricio Charteris, tuvo la bondad de darme á mi en particular este aviso. Era el nieto del Corsario Encarnado, Tomás de Longueville, hombre de palabra. Se dirigió á mí tal vez porque la mala noche me tenia mas pálido que de costumbre, y porque por otra parte yo era todavía muy joven.

— ¿Y esa exhortacion aumentó el temor en vos, ó la resolucion? preguntó Eachin que parecia escuchar muy atento.

— La resolucion; porque no sé yo haya cosa que pueda precisar mas al hombre á meterse en el peligro presente, no siendo el saber le arrea otro por detrás para forzarle á echar adelante. Y bien, subí á las murallas con un valor..... tal cual, y se me puso junto con otros en la torre de Spey, considerándome como uno de los mas diestros en tirar el arco. Pero se apoderaron de mí unos calofrios al ver como avanzaban los Ingleses en buen orden para atacarnos: venian delante los arqueros, despues los hombres de armas en tres fuertes co-

lumnas. Marchaban con paso firme, y algunos de los nuestros hubieran querido tirarles; pero nos lo prohibieron con todo rigor, y nos vimos obligados á quedarnos inmóviles, teniéndonos al abrigo detrás del parapeto, cuanto podíamos. Cuando formaron los Ingleses sus lineas, hallándose cada uno de ellos, como por magia en el sitio que debía ocupar, y preparándose para cubrirse con sus grandes escudos, llamados paveses, que plantaban delante de sí, experimenté aun una dificultad extraña en respirar, y hubiera querido volver á mi casa para beber un vaso de agua destilada\*. Pero echando una mirada detrás de mí, ví al digno Kempe de Kinfauns, que tenia una gran ballesta armada y yo creí seria lástima perdiese él un dardo contra un buen Escocés, teniendo á la vista tantos Ingleses. Quedéme pues donde estaba, en un ángulo bastante guarecido que formaban dos parapetos. Avanzaron los Ingleses y levantaron los arcos, no al nivel del pe-

\* Nombre que daban al aguardiente y demás licores espirituosos.

(N. D. T.)

cho como lo hacen vuestros montañeses, sino al de la oreja, y nos enviaron una volada de sus colas de golondrina antes que pudiéramos gritar, ¡San Andrés! Cerré los ojos cuando los ví tirar los arcos y creo que me sobresalté al oír como sus primeros dardos golpearon sobre el parapeto. Pero mirando alrededor y no viendo herido sino á Squallit, el pregonero de la ciudad, á quien una flecha habia traspasado la quijada, recobré mi valor, y tiré á mi vez con buen ánimo y cuidando de apuntar bien. Cayó, traspasado el hombro, un hombre chiquitillo, á quien apunté en el instante que se dejó ver sacando el cuerpo fuera del escudo. — ¡Bien cosido! exclamó el preboste, ¡bien cosido, Simon el guantero! — ¡Que San Juan ampare á la buena ciudad, mis valientes compañeros! exclamé yo tambien, aunque no era todavía mas que aprendiz; pero yo miraba por el honor de la corporacion. Y si gustais de creerme, durante el resto de la escaramuza, que se acabó por la retirada del enemigo, yo tiraba mi arco y disparaba flechas con la misma serenidad que si tirara al blanco, y no á

los hombres. Adquirí alguna reputacion, y despues siempre he pensado que en caso de necesidad, — porque no hubiera sido jamás por gusto mio ni por eleccion, — yo no la hubiera perdido. Pero esta fué la única vez que tomé las armas en lo que se puede llamar batalla. Heme visto en otros peligros; he procurado evitarlos como prudente; pero cuando eran inevitables, hiceles frente como esforzado. Así solo es como se puede vivir y levantar la cabeza en Escocia.

— Entiendo lo que me decís, pero juzgareis mas difícil de creer lo que tengo que deciros, sabiendo de la raza que desciendo, y habiendo conocido al que pusimos en la tumba aun no ha veinticuatro horas. — Es muy dichoso por estar donde no sabrá lo que vais á oír. Mirad, padre mio, la luz que traigo se consume y comienza á decaer; pero antes que muera, se pronunciará la vergonzosa palabra..... Padre mio, yo soy — ¡UN COBARDE! Pronuncióse al fin la palabra, y se confió á otro el secreto de mi afrenta.

Era tal la angustia del joven cuando hacia

esta fatal confesion, que cayó casi sin sentido. Glover penetrado de temor así como de compasion, hizo cuanto pudo por volverle á la vida, y lo logró, pero sin poder tranquilizarle, Eachin se cubrió el rostro con las dos manos, y lloró amargamente.

— ¡Por el amor de Nuestra Señora! calmaos y revocad esa villana palabra, dijo el viejo. Yo os conozco mejor que vos mismo. — No sois vos cobarde, sino muy joven; teneis muy poca experiencia y la imaginacion muy viva para tener el valor formado de una barba llena de canas. Yo no oiré á otro alguno hablar así de vos, Conachar, sin desmentirle. — Vuelvo á decirlo, no sois cobarde. — Yo he visto resaltar de vos vivas centellas de valor, y muchas veces aun por cosas leves.

— Centellas vivas de soberbia y de ira, replicó el desgraciado joven; pero, ¿cuando las habeis visto sostenidas por la resolucion que debió acompañarlas? Las centellas de que hablais caian sobre mi corazon cobarde, como sobre un hielo que jamás puede entrar en calor. Si mi soberbia ultrajada me conducia á herir, mi